

dose de concurrir despues á su triunfo. Quando la noticia se difundió por todas partes sucedió una cosa admirable, y fue que al ver las ciudades desarmado á Pompeyo Magno, y que como de un viage volvia con unos cuantos amigos y familiares, acudieron á él las gentes en gran número por el amor que le tenían, y acompañándole le llevaron á Roma con mucho mayores fuerzas; de modo que si hubiera tenido pensamientos de conmovier y alterar el Gobierno, no tenia que echar menos al ejército para nada.

Como la ley no permitia que antes del triunfo entrase en la ciudad, representó al Senado sobre que se suspendieran los Comicios de eleccion de Cónsules, y se le dispensara esta gracia para poder hallándose presente dar pasos en favor de Pison; pero habiéndose Caton opuesto á su demanda, quedó desairado en ella. Pasmado de la libertad de Caton y de su entereza, de la que él solo usaba á las claras en lo que entendia justo, concibió el deseo de ganar por diferentes medios á tan señalado varon; y teniendo Caton dos sobrinas, propuso casarse él con la una, y casar á su hijo con la otra; pero Caton desechó esta tentativa, como que en cierta manera era un cebo para corromperle y sobornarle por medio de aquel deudo, aunque disgustando en ello á su hermana y á su muger, que no estaban bien con que se rehusase la afinidad de Pompeyo Magno. Quiso en esto Pompeyo que fuera designado Cónsul Afranio, y gastó para ello gruesas cantidades con las tribus de su propio caudal, yendo los que las recibian á los jardines del mismo Pompeyo; por lo que aquel soborno se hizo público, murmurando todos de Pompeyo, porque aquella misma dignidad con que se habian recompensado sus triunfos, y que tanto le habia ilustrado siendo la primera de la república, la hacia venal para los que no podian aspirar á ella por su virtud. Pues de esta afrenta teniamos que parti-

cipar, dijo Caton á las mugeres de su casa, si nos hubiéramos hecho deudos de Pompeyo: con lo que reconocieron que acerca de lo honesto discurria Caton con mas acierto que ellas.

A la grandeza de su triunfo, aunque se repartió en dos dias, no bastó este tiempo; sino que muchos de los objetos que le decoraban pasaron sin ser vistos, pudiendo ser materia y ornato de otra pompa igual. En carteles que se llevaban delante, iban escritas las naciones de quienes se triunfaba, siendo estas: el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Colquida, los Iberes, los Albanos, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, las regiones de Fenicia y Palestina, la Judea, la Arabia, y los piratas destruidos do quiera por la tierra y por el mar; y ademas los fuertes tomados que no bajaban de mil; las ciudades que eran muy pocas menos de novecientas; las naves de los piratas ochocientas, y las ciudades repobladas, que eran treinta y nueve. Habia dado sobre todo esto razon por escrito, de que las rentas de la república eran antes cicuenta millones de dracmas; y las de los paises que habia conquistado montaban á ochenta millones y quinientas mil. En moneda acuñada y en alhajas de oro y plata habian entrado en el erario público veinte mil talentos, sin incluir lo que se habia dado á los soldados, de los cuales el que menos habia recibido mil y quinientas dracmas. Los cautivos conducidos en la pompa, ademas de los gefes y caudillos de los piratas, fueron el hijo de Tigranes, Rey de Armenia, con su muger y su hija, la muger del mismo Tigranes Zocima, el Rey de los Judios Aristóbulo; una hermana de Mitridates, con cinco hijos suyos y algunas mugeres Escitas, los rehenes de los Albanos é Iberes, y del Rey de los Camagenos, y finalmente muchos trofeos, tantos en número como habian sido las batallas que habia ganado, ya por sí mismo, y ya

por sus lugartenientes. Lo mas grande para su gloria, y de lo que ningun Romano habia disfrutado antes que él, fue haber obtenido este triunfo de la tercera parte del mundo, porque otros habian alcanzado antes tercer triunfo; pero él, habiendo conseguido el primero del Africa, el segundo de la Europa, y este tercero del Asia, parecia en cierta manera que en sus tres triunfos habia abarcado toda la tierra.

Segun los que estan empeñados en compararle continuamente y para todo con Alejandro, no llegaba entonces su edad á treinta y cuatro años; pero en realidad rayaba en los cuarenta; ¡y ójala hubiera terminado alli su vida mientras tuvo la fortuna de Alejandro! porque desde este punto en adelante el tiempo, si le ofreció alguna dicha, fue muy sujeta á la envidia, y las desgracias fueron intolerables; porque habiendo adquirido por los mas honestos y convenientes medios el gran influjo de que gozaba en la república, con usar mal de él en favor de otros, cuanta autoridad conciliaba á estos otro tanto perdía de su gloria; y con semejante condescendencia, sin advertirlo, quitaba á su propio poder toda la fuerza y eficacia; y asi como las partes y puntos mas defendidos de una ciudad, luego que han recibido á los enemigos comunican á estos su fortaleza, de la misma manera, exaltado en la república Cesar por la autoridad de Pompeyo, con aquello mismo que le sirvió contra los demas, derribó y acabó con este; lo que sucedió de esta manera. Ya cuando Luculo llegó del Asia tan mal tratado como se ha dicho de Pompeyo, el Senado le hizo la mejor acogida; y despues de la vuelta de este procuró mover y despertar su ambicion, para que otra vez tomara parte en el gobierno. Hallábase ya Luculo en cierta indiferencia para todo, y muy tibio para volver á los negocios, habiéndose entregado á los placeres y á las distracciones propias de los hombres ricos: mas

sin embargo al punto se animó contra Pompeyo, y tomando sus cosas muy á pechos, en primer lugar alcanzó la confirmacion de las providencias que este le habia revocado, y en el Senado tenia mucho mas favor que él con el auxilio de Caton. Desquiciado pues, y excluido por aquella parte Pompeyo, se vió en la precision de acogerse á los tribunós de la plebe, y de reunirse con los mozuelos; de los cuales Clodio, que era el mas insolente y mas osado de todos, lo puso á la merced del pueblo; de manera que trayéndolo y llevándolo á su arbitrio de un modo que no convenia á la dignidad de tan autorizado varon, le hacia apoyar las leyes y decretos que proponia para adular á la plebe y ganarle sus aplausos; y á pesar de que con esto le degradaba, aun le pedia el premio, como si le hiciera favor; habiéndole arrancado por último como tal el que abandonase á Ciceron que era su amigo, y de quien en las cosas de la república habia recibido importantes servicios; pues hallándose este en peligro, y habiendo acudido á valerse de su auxilio, ni siquiera se le dejó ver, sino que haciendo cerrar el porton á los que venian en su busca, se marchó por un postigo, y los dejó burlados; y Ciceron temiendo el éxito de la causa, tuvo que huir de Roma.

Entonces Cesar, que volvia del ejército, recurrió á un arbitrio, que le granjeó por lo pronto aprecio, autoridad y poder para en adelante; pero que fue de gran ruina para Pompeyo y para la república. Iba á pedir el primer consulado; y como viese que estando entre sí indispuestos Craso y Pompeyo, si se inclinaba al uno habia de tener al otro por enemigo, pone por obra el reconciliarlos y hacerlos amigos, cosa por lo demas loable y muy política; pero intentada por él con mal objeto, y tan sagaz como traidoramente ejecutada; porque el poder de la república, que como en una nave reglaba los movimien-

embargo bien pronto se enmolleció el mismo con el amor de aquella jovencita; y por atender á ella, y pasar en su compañía la vida en el campo y en los jardines, se descuidó enteramente de lo que pasaba en la plaza pública: hasta tal punto, que Clodio, tribuno entonces de la plebe, llegó á despreciarle y á meterse temerariamente en los negocios mas arriesgados. Porque despues que expelió á Ciceron, y que envió á Caton á Chipre, bajo el pretexto de mandar las armas, como viese, cuando ya César habia marchado á la Galia, que el pueblo en todo le preferia, y todo lo disponia y hacia segun su voluntad, al punto intentó revocar algunas de las providencias de Pompeyo; arrebató á Tigranes que se hallaba cautivo, y lo retuvo consigo; y movió causas á algunos de los amigos de Pompeyo para hacer prueba en ellos del poder de este. Finalmente en ocasion de acudir al tribunal Pompeyo con motivo de cierta causa, teniendo él á su disposicion una turba de hombres insolentes y desvergonzados, se paró en un lugar muy público, y les dirigió estas preguntas: ¿Quién es el Emperador corrompido y disoluto? ¿Qué hombre anda en busca de un hombre? ¿Quién es el que se rasca la cabeza con un dedo? y ellos, como si fuera un coro prevenido para alternar, al sacudir aquel la toga respondian á cada pregunta en voz alta: «Pompeyo.»

Mortificaban en gran manera estas cosas á Pompeyo, nada acostumbrado á los insultos, y poco ejercitado en esta especie de guerra, y le mortificaban mas, porque veía que el Senado se complacia en su humillacion, y en que pagara la traición de que con Ciceron habia usado. Sucedió despues que hubo riñas en la plaza, hasta resultar algunos heridos, y se descubrió que un esclavo de Clodio, que se encaminaba á Pompeyo por entre los que le rodeaban, llevaba oculta una espada; y tomando de

aqui pretexto, como por otra parte temiese la insolencia y los insultos de Clodio, ya no volvió á presentarse en la plaza mientras aquel ejerció su magistratura; sino que se encerró en su casa, discutiendo con sus amigos cómo haria para poner remedio al encono del Senado y de todos los buenos contra él. Con todo á Culeon que le propuso se separase de Julia y pasase al partido del Senado, renunciando á la amistad de César, no quiso darle oídos; pero con los que le propusieron la vuelta de Ciceron, hombre el mas enemigo de Clodio, y mas amado del Senado, se mostró mas dispuesto á condescender. Presentó pues en la plaza al hermano de aquel, que era quien hacia la peticion con una gran partida de tropa; y habiéndose venido á las manos y habido algunos muertos, por fin logró vencer á Clodio. Habiendo sido Ciceron restituído por una ley, al punto reconcilió al Senado con Pompeyo: y hablando en favor de la ley de abastos, en cierta manera volvió á hacer á Pompeyo árbitro y dueño de cuanto por tierra y por mar poseian los Romanos: porque quedaron á sus órdenes los puertos, los mercados, el comercio de granos, y en una palabra todos los intereses de los navegantes y labradores; sobre lo que decia Clodio en tono de acusacion, que no se habia propuesto la ley porque hubiese carestía, sino que se habia hecho que hubiese carestía para dar la ley, á fin de que volviese, y se recobrase como de un desmayo con esta nueva autoridad el poder de Pompeyo, que andaba achacoso y decaído. Mas otros dicen haber sido esta comision de Pompeyo pensamiento del Cónsul Espinter, que quiso ponerle el estorbo de un mando mas extenso para ser él mismo enviado en auxilio del Rey Tolomeo. Con todo el tribuno de la plebe Canidio hizo proposicion de una ley, por la que se encargaba á Pompeyo el que sin ejército, llevando solo dos lictores

compusiera las desavenencias del Rey con los de Alejandria; y Pompeyo no se mostraba disgustado de la ley; pero el Senado la desechó con la plausible causa de que temia por la persona de Pompeyo. Derramáronse en aquella ocasion papeles por la plaza y en el edificio del Senado, en los que se manifestaba haber pedido Tolomeo que se le diera por General á Pompeyo en lugar de Espinter; y Timágenes dice que Tolomeo se salió del Egipto sin necesidad, abandonándole á persuasion de Teofanes, para proporcionar á Pompeyo la ocasion de un mando y de adelantar en sus intereses; pero esto no bastó á hacerlo tan probable la perversidad de Teofanes, como lo hizo increíble la índole de Pompeyo, cuya ambicion no tuvo nunca un caracter tan maligno é iliberal.

Creo prefecto de los abastos, para entender en su acopio y arreglo envió por muchas partes comisionados y amigos; y dirigiéndose él mismo por mar á la Sicilia, á la Cerdeña y al Africa, recogió gran cantidad de trigo. Iba á dar la vela para la vuelta á tiempo que soplabá un recio viento contra el mar; y aunque se oponian los pilotos, se embarcó el primero, y dió la orden de levantar el áncora diciendo: el navegar es necesario, y no es necesario el vivir; y habiéndose conducido con esta decision y zelo, llenó, favorecido de su buena suerte, de trigo los mercados, y el mar de embarcaciones; de manera que aun á los forasteros proveyó aquella copia y abundancia, habiendo venido á ser como un raudal, que naciendo de una fuente alcanzaba á todos.

En este tiempo habian ensalzado á César á grande altura las guerras de la Galia; y cuando se le tenia al parecer muy lejos de Roma, enredado con los Belgas, los Suevos y Britanos, á esfuerzos de su sagacidad y maña estaba sin que nadie lo advirtiese,

en mitad del pueblo; minando en los principales negocios el poder de Pompeyo. Porque haciendo de la fuerza militar el uso que de su cuerpo, la ejercitaba en aquellos combates como en una caza y persecucion de fieras, no precisamente contra los bárbaros, sino con la mira ulterior de hacerla invicta y temible. El oro, la plata, y todos los demas despojos y riquezas recogidos en gran copia de los enemigos, todo lo enviaba á Roma; y tentado y agasajando con dádivas á los Ediles, á los Pretores, á los Cónsules y á sus mugeres, se ganó la amistad de muchos de ellos; de manera que habiendo pasado los Alpes, y venido á invernar en Luca, sin contar la inmensa muchedumbre que de toda clase de gentes concurrió á visitarle, del orden senatorio fueron doscientos los que acudieron, y entre ellos Pompeyo y Craso; de Procónsules y Pretores se llegaron á ver á su puerta hasta ciento y veinte fascas. A los demas los despidió colmándolos de esperanzas y de presentes; pero entre Pompeyo, Craso y él mediaron ajustes: que se pedirian los Consulados para los dos primeros, en lo que les auxiliaria César, enviándoles muchos de sus soldados para aumentar los votos; y que inmediatamente que fuesen elegidos, harian entre sí mismos el repartimiento de las provincias y mando de los ejércitos; y á César le confirmarian en las provincias que tenia por otros cinco años. Como este convenio se hubiese divulgado, los principales ciudadanos lo llevaron á mal; y Marcelino les preguntó á los dos en junta pública, ¿si pedirian el Consulado? Y clamando muchos porque contestasen, el primero que respondió fue Pompeyo, diciendo que quizá lo pediria, y quizá no lo pediria; pero Craso con mayor política dijo que haria lo que creyese ser de mayor utilidad pública. Estrechaba Marcelino á Pompeyo; y como fuese mucho lo que gritaba, le salió este al encuentro diciéndole: que era el mas injusto

to de los hombres en no mostrársele agradecido; pues que por él de taciturno se habia hecho hablador; y de pobre habia venido á estado de vomitar de harto.

Desistieron los demas de aspirar al Consulado; pero Caton no obstante persuadió y alentó á Lucio Domicio para que no desmayara: porque la contienda, decia, no es por la magistratura; sino por la libertad contra los Tiranos. Pompeyo y su partido temieron el teson de Caton, no fuera que teniendo por suyo á todo el Senado atrajera y mudara la parte sana del pueblo; por lo qual no permitieron que Domicio bajase á la plaza; sino que habiendo apostado hombres armados dieron muerte al esclavo que iba delante con luz, y ahuyentaron á los demas; habiendo sido Caton el último que se retiró, herido en el codo derecho por haberse puesto á defender á Domicio. Habiendo llegado al Consulado por tan mal camino, no se portaron en lo demas con mayor decencia; sino que manifestándose dispuesto el pueblo á elegir por Pretor á Caton, en el acto de votar disolvió Pompeyo la asamblea bajo el pretexto de agüeros; y despues aparecieron nombrados Ancias y Vatinio, sobornadas con dinero las tribus. Despues propusieron leyes por medio del Tribuno de la plebe Trebonio, en virtud de las cuales decretaron á César otro quinquenio segun lo convenido; á Craso le dieron la Siria y el mando del ejército contra los Partos; y al mismo Pompeyo toda el Africa, y una y otra España, con cuatro legiones, de las cuales puso dos á disposicion de César, que las pidió para la guerra de las Galias. Por lo que hace á Craso al punto partió á su provincia concludido el año de Consulado; pero Pompeyo, construido ya su teatro, celebró para dedicarle juegos gimnásticos y de música, y combates de fieras, en los que recibieron quinientos leones: sobre todo el comba-

te de elefantes fue un terrible espectáculo. Sin embargo de que con estas demostraciones públicas se granjeó la admiracion y el aprecio, volvió otra vez á incurrir en no menor envidia; porque confiando á lugartenientes amigos suyos los ejércitos y las provincias, él pasaba la vida en las casas de recreo de Italia, yendo con su muger de una parte á otra; ó porque estuviese enamorado de ella, ó porque siendo amado no se sintiese con fuerzas para dejarla, pues tambien esto se dice, y era voz comun que aquella joven amaba desmedidamente á su marido; aunque no seria por la edad de Pompeyo, sino que la causa era, á lo que parece, la continencia de este, que despues de casado no se distraia con otras mugeres; y aun su misma gravedad, que no le hacia desagradable en el trato, y antes tenia para las mugeres un cierto atractivo, sino hemos de dar por falso el testimonio de la cortesana Flora. Sucedió en esto que en los Comicios edilicios vinieron á las manos algunos, y habiendo muerto no pocos alrededor de Pompeyo, tuvo que mudar las ropas por habersele llenado de sangre; y habiendo sido grande el bullicio, y la priesa de los esclavos que llevaban las ropas, como la muger que se hallaba en cinta los viese y observase que la toga estaba manchada de sangre, le dió un desmayo del que tardó mucho tiempo en volver; y al fin malparió de resulta de aquel alboroto y pesadumbre; con lo qual aun los que mas vituperaban la amistad de Pompeyo con César no culparon ya el amor que tenia á su muger. Hizose otra vez embarazada; y habiendo dado á luz una niña, murió del parto, y esta le sobrevivió muy pocos dias. Disponia Pompeyo dar sepultura al cadaver en su quinta Albana; pero el pueblo hizo que se llevara al campo de Marte, mas bien por compasion á aquella jovencita que por obsequio á Pompeyo ó á César, y aun entre ellos mas parte parece

haber dado el pueblo de aquel honor á César con estar distante, que á Pompeyo que se hallaba presente. Porque al punto sobrevinieron borrascas en la ciudad, y se conmovió la república, suscitándose voces sediciosas, apenas faltó entre ambos aquel deudo, que mas bien habia tenido encubierta que apagada la ambicion encontrada de uno y otro. Llegó al cabo la noticia de haber perecido Craso en la guerra con los Partos, y desapareció este grande estorbo para que viniera sobre Roma la guerra civil; porque temiéndole ambos, en sus repartos tenian que guardar cierta justicia. Mas despues que la fortuna quitó de delante el tercero que pudiera entrar en la lid, se estaba ya en el caso de usar de esta expresion de los Comicos:

¡Cómo se unge el uno contra el otro,
Y las manos con polvo se refriegan!
¡Tan poca cosa es aun la misma fortuna para la ambicion humana! pues que no alcanza á saciar sus deseos: visto que tan grande extension de mando, y tanta copia de felicidad, no puede contentar á dos solos hombres; sino que con oír y leer que todo está distribuido entre los Dioses, y cada uno goza de su particular honor, creian sin embargo que para ellos, con no ser mas de dos, no les bastaba todo el imperio de los Romanos.

Pompeyo habia dicho de sí en cierta ocasion arengando al pueblo, que habia obtenido todas las magistraturas mucho antes de lo que habia esperado, y se habia desposeido de ellas mucho antes de lo que se esperaba; y en verdad que deponen en su favor las disoluciones de los ejércitos. Rezelaba entonces que César no depusiese al tiempo debido su autoridad, y buscaba cómo ponerse en seguro respecto de él con magistraturas políticas, sin hacer otra innovacion alguna, ni dar á entender que desconfiaba, sino que mas bien no hacia cuenta y lo miraba con

desden. Mas cuando vió que las magistraturas no se distribuian como parecia conveniente, por haber sido sobornados los ciudadanos, hizo porque la república cayera en la anarquía: con lo que al punto corrió la voz de la necesidad de un Dictador, de la cual el primero que se atrevió á hablar en público fue Lucilio, Tribuno de la plebe, excitando al pueblo á que nombrase á Pompeyo. Opúsosele Caton, y estuvo en poco el que aquel no perdiese el tribunado; mas en cuanto á Pompeyo muchos de sus amigos se presentaron á defenderle de que ni solicitaba, ni siquiera apetecia aquella dignidad. Púsose en esto Caton á hacer su elogio, y á exhortarle á que tomara parte en el restablecimiento del orden; y avergonzado entonces se dedicó á este objeto, quedando elegidos Cónsules Domicio y Mesala. Volvióse á caer otra vez en la anarquía; y como tomase mayor incremento la idea de nombrar Dictador, siendo muchos los que la proponian, temiendo Caton y los suyos no lo arrancaran por fuerza, resolvieron, concediendo á Pompeyo una magistratura legitima, apartarle de aquella ilimitada y tiránica; y Bibulo, enemigo declarado de Pompeyo, fue el primero que abrió dictamen en el Senado para que este fuera nombrado Consul único: porque ó la república saldria del presente desorden, ó serviria al ciudadano mas illustre. Fue oida con sorpresa la proposicion, á causa del que la hacia; y levantándose Caton, segun se esperaba para contradecirle, luego que se hizo silencio, dijo: que él no habria manifestado aquel dictamen; pero una vez presentado por otro, creia que convenia adoptarle, pues preferia cualquier mando á la anarquía, y juzgaba que ninguno gobernaria mejor que Pompeyo en semejante confusion. Adoptóle pues el Senado, y se decretó que Pompeyo en calidad de Consul mandase solo, y si necesitase de colega, eligiera al que fuera de su

aprobacion; mas no antes de dos meses.

Nombrado y designado Pompeyo Cónsul en esta forma por Sulpicio, que mandaba en el interregno, saludó con mucha expresion á Caton, reconociendo que le estaba muy agradecido, y le pidió que fuera su asesor particular durante su mando; pero Caton se desdenó de que Pompeyo le diese gracias, pues que nada de lo que dijera lo habia dicho por consideracion á su persona, sino á la república, y que seria en particular su asesor si le llamaba; pero que si no le llamase, diria en público lo que creyese conveniente. Este era el caracter de Caton en todo negocio.

Habiendo Pompeyo entrado en la ciudad se casó con Cornelia, hija de Metelo Escipion, que no se hallaba soltera, sino que habia quedado viuda poco antes de Publio, hijo de Craso, muerto tambien en la guerra de los Partos, con quien casó doncella. Tenia esta joven muchas prendas que la hacian amable ademas de su belleza, porque estaba muy versada en las letras, en tañer la lira y en la geometría; y habia oido con fruto las lecciones de los filósofos. Agregábanse á esto unas costumbres libres de la displiencia y afectacion con que tales conocimientos suelen echar á perder la índole de las jóvenes; y en su padre, tanto por razon de linage como por su opinion personal, no habia nada que tachar. Con todo este enlace no agradaba á algunos, por la desigualdad de edades, siendo la de Cornelia mas propia para haberla casado con su hijo. Otros, mirándolo por el aspecto del decoro y la conveniencia, creian que Pompeyo no habia mirado por el bien de la república, que agoviada de males le habia elegido como médico, entregándose toda en sus manos; y él en tanto se coronaba y andaba en sacrificios de boda, cuando debia reputar á calamidad aquel Consulado, que no se le habria concedido tan fuera del orden

legítimo, si la patria se hallara en estado de prosperidad. Presidia á los juicios sobre cohechos y sobornos, y al proponer los decretos contra los comprendidos en las causas, en todo lo demas se condujo con gravedad y entereza, dando á los tribunales, en los que tenia puesta guardia, seguridad, decoro y orden; pero habiendo de ser juzgado su suegro Escipion, llamó á su casa á los trescientos y sesenta jueces, y les rogó estuvieran en su favor; y el acusador se apartó de la causa por haber visto á Escipion ir acompañado desde la plaza por los mismos jueces. Empezóse por tanto á murmurar otra vez de él; y mas que habiendo prohibido por ley las alabanzas de los que sufrían un juicio, él mismo se presentó á hacer el elogio de Planco; y Caton, que casualmente era uno de los jueces, tapándose con las manos los oidos, dijo que no era razon escuchar unas alabanzas contra ley; por lo cual se recusó á Caton antes de dar su voto; pero Planco fue sin embargo condenado por todos los demas con vergüenza de Pompeyo. De alli á pocos dias Hipseo, varon consular, contra quien se seguia una causa, se puso á esperar á Pompeyo cuando del baño pasaba á la cena, é imploró su favor echándose á sus pies; pero él pasó sin hacer caso, diciendo que ninguna otra cosa adelantaria sino que se le echara á perder la cena, con lo que se atrajo la nota de no guardar igualdad. Todas las demas cosas las puso perfectamente en orden, y eligió por colega á su suegro para los cinco meses que restaban. Decretóse en su obsequio que conservaria las provincias por otro cuatrienio, y percibiria cada año mil talentos para el vestuario y manutencion de las tropas.

Tomando de aqui ocasion los amigos de César, solicitaban que tambien este sacara algun partido despues de tan continuados combates por el acrecentamiento de la república. Porque ó bien era acreedor al segun-

do consulado, ó bien á que se le prorogase el tiempo del mando, para que no fuera otro y le arrebatara la gloria de sus afanes; sino que la autoridad y el honor fuesen de quien los había merecido con sus sudores. Habiéndose reunido á tratar de este asunto, Pompeyo, como para desvanecer por afecto la envidia que podría suscitarse contra César, dijo haber recibido cartas de este, en las que mostraba desear que se le diese sucesor, y se le relevase del mando; pero que no habria inconveniente en que se le admitiese á pedir en ausencia el consulado. Opúsose á esto Caton, diciendo que despues de reducido César á la clase de particular, y de haber depuesto las armas, verian los ciudadanos qué era lo que correspondia; y como Pompeyo en lugar de insistir se hubiese dado por vencido, fue mayor la sospecha que hizo concebir á muchos de sus disposiciones respecto á César. Reclamó ademas de este las tropas que le habia alargado, bajo pretexto de la guerra Pártica; y él no obstante saber la mira con que se pedian aquellos soldados, se los envió despues de haberlos regalado con largueza.

Por este tiempo como Pompeyo hubiese enfermado de cuidado en Nápoles, y recobrado la salud, los napolitanos, á excepcion de Praxagoras, hicieron sacrificios públicos por su restablecimiento, é imitando este ejemplo los de los pueblos vecinos fue de unos en otros corriendo toda Italia, y no hubo ciudad grande ni pequeña que no hiciese fiestas por muchos dias. Fuera de esto no habia lugar que bastase para los que le salian al encuentro, por todas partes, sino que los caminos, las aldeas y los puertos estaban llenos de gentes que hacian sacrificios y banquetes. Muchos le salian á recibir con coronas y antorchas, y le acompañaban derramando sobre él flores; de manera que su vuelta y todo su viage fue uno de los espectáculos mas magníficos y brillantes.

que se han visto; y asi se dice no haber sido esta la menor de las causas que atrajeron la guerra civil. Porque el exceso de esta satisfaccion dió mayor calor al orgullo con que ya pensaba acerca de los negocios; y creyéndose dispensado de aquella circunspeccion que hasta alli habia afianzado y dado estabilidad á sus prósperos sucesos, se entregó á una ilimitada confianza, y al desprecio del poder de César, como que ya no necesitaba de armas ni de una grande diligencia contra él; sino que aun le habia de ser mas facil entonces el destruirlo que le habia sido antes el levantarlo. Concurrió ademas de esto haber venido Apio de la Galia trayendo las tropas que Pompeyo habia dado á César, y haber empezado á apocar las hazañas de este, desacreditándole en sus conversaciones, y diciendo que el mismo Pompeyo no llegaba á conocer todo el valor de su poder y gloria buscando apoyarse con otras armas contra César, cuando con las suyas propias podia destruirle apenas se dejase ver; pues tanto era el odio con que miraban á César, y tan grande la inclinacion que tenían á Pompeyo; el cual se engrió de manera, y llegó á tal extremo de descuido con la nimia confianza, que se burlaba de los que temian la guerra; á los que le decian que si viniese César no veian con qué tropas se le podria resistir, sonriéndose y poniendo un semblante desdenoso les contestaba que no tuvieran cuidado ninguno; pues en cualquiera parte de Italia, decia, que yo dé un puntapie en el suelo brotaran tropas de infantería y caballería.

Ya César daba calor con mas viveza á los negocios no apartándose mucho de la Italia; enviando continuamente á Roma soldados suyos para que votaran en las asambleas; y ganando y corrompiendo con intereses á muchos de los magistrados, de cuyo número eran el Cónsul Paulo, traído á su faccion con mil y quinientos talentos; el Tribuno de la ple-